

## EL MUNDO SIMBÓLICO Y LA INTERIORIDAD DEL HOMBRE

POR PAOLO BRUNI<sup>1</sup>

*El autor profundiza en la temática del simbolismo del espacio gráfico, poniendo de manifiesto el carácter de la centralidad del Inconsciente en la escritura, así como de su naturaleza, la cual, en su opinión, es física y no psíquica. Se efectúa una distinción fundamental entre su carácter físico y su carácter materialista, lo de adentro y la interioridad, el conocimiento subjetivo y el objetivo y el ser y el devenir, poniendo de manifiesto las correspondencias más importantes entre el simbolismo del espacio gráfico y la constitución interior del hombre. Asimismo, se presenta la dimensión del tiempo vivido que halla una correlación en el simbolismo del espacio gráfico, prestándose a algunas reflexiones acerca de nuestra propia existencia.*

El simbolismo del espacio gráfico es de importancia fundamental en mi sistema grafológico. Puede afirmarse que toda la Grafología Estructural se centra en la nueva posición atribuida al Inconsciente, el cual no se halla en una zona lejana ni inasequible, situada debajo de la línea, sino de una realidad sobre la cual se halla fundamentado y el Yo se expande consecuentemente. Tal como se verá, mi concepción del Inconsciente es bastante más diferente que la concepción común. El tema de la interioridad del hombre es, asimismo, central, y su significado profundo y último también. Podemos decir que incluso es religioso, porque yo no concibo al hombre sin Dios. Por eso indicaremos las relaciones principales existentes entre el simbolismo del espacio gráfico y la

constitución interior del hombre. Recordemos que el simbolismo real se opone a la realidad de la naturaleza, muy distinta de la otrora preconizada o construida acerca del hombre, que para entenderla es necesaria la intuición más que la lógica. En este artículo, adjunto el esquema del espacio gráfico, que por descuido no apareció en el artículo del Boletín nº 16.

### El Inconsciente como “física” viviente

Se percibe fácilmente que la línea del renglón divide al espacio gráfico en dos mitades: una de orden interior pleno o espiritual (encima) y la otra de orden exterior o material pleno (debajo). Es una representación de la realidad muy interesante debido a la posición que ocupa la línea del renglón, puesto que está en el límite entre el mundo interno y el externo, entre lo espiritual y lo material, aunque participando de ambos. La línea del renglón representa una dimensión fundamental de la existencia un tanto descuidada e incomprensible por quienes la han estudiado. Ya sea física o espiritual, representa una realidad física interior y, de consiguiente, un carácter físico (“física”) puramente material, pero infusa por el espíritu.

¿Qué es, pues, una “física” no material? ¿La materia no es física por definición? Ciertamente, todavía se considera como algo externo a nosotros, tal como lo enseña la física, que la convierte en sujeto propio de investigación y de estudio. Existe, no obstante, una realidad física no reconocida por muchos, la cual, en cuanto al interior se refiere, no es de orden material, sino físico tan solo. En teoría, no debería existir diferencia alguna entre lo material y lo físico, pero, de hecho, en la sociedad la materia es considerada o entendida como algo externo al

---

<sup>1</sup>Paolo Bruni es Director científico de A.P.R.E.S.P.A.

hombre; representa el mundo fenoménico y, como externa, es analizable y se puede asumir una posición objetiva en sus comparaciones, en tanto que en la “física” de la que hablamos no hay nada externo, sino la base misma de nuestra existencia, o sea, algo concreto y al propio tiempo interno en nosotros, a saber, nuestra sustancia viviente. Se trata verdaderamente del ser viviente hecho de materia y espíritu. Pero esta “física” interna no es lo biológico, por lo menos tal como la ciencia lo entiende, puesto que también lo biológico se analiza y estudia. Se trata de una tal “física” que no es investigable racionalmente, ni escrutable por medio del estudio científico, ya que se halla en la base de la vida misma: es, pues, la “física” viviente.

La base de la existencia posee un límite inalcanzable mediante la observación empírica o la argumentación lógica que lo rigen todo, incluso la construcción teórica del hombre. Solamente la intuición la puede aprehender y revelar.

Esta “física” viviente ha sido descuidada y olvidada; ni tan siquiera posee un nombre propio, aunque en realidad se la ha denominado “Inconsciente”, cuya palabra nos mueve a imaginar un mundo misterioso e inaccesible a nuestra conciencia. No sólo no posee un nombre apropiado, sino que ha perdido su sentido físico, convirtiéndose en una parte de la psique, lo Profundo simplemente. Se trata de algo confinado en el interior, pero no físico, sino mental y/o psíquico. Sabemos que Freud coloca el Inconsciente (llamado Ello en una formulación teórica posterior) en el aparato psíquico, junto al Yo y al Super-Yo, y hace derivar, sin más, el Yo del Inconsciente. La denominación de Inconsciente parece apropiada para expresar una realidad que, como se ha dicho, es considerada inescrutable, pero no lo es. Realmente, no es posible conocerlo por medio de la investigación racional, la cual se

desarrolla fuera de él, aunque sí a través del contacto directo interno que se apoya en la intuición. En realidad, la “física” de orden interior del mencionado Inconsciente no es enteramente una cosa irracional ni caótica, como se postula en el psicoanálisis, sino antes bien es del todo racional, pero se trata de una racionalidad natural o espontánea no construida como la que se refiere al hombre. El Inconsciente no se puede estudiar, no porque sea irracional, sino porque es espontáneo y, como fenómeno espontáneo, se presenta y se renueva cuando quiere. La noción de espontaneidad implica una voluntad operativa, por tratarse de un ente que actúa de forma espontánea (como sucede en la realidad especial de los sueños incontrolables). La casualidad (el caso) hipotético de la ciencia como madre de los fenómenos irracionales (caóticos) no depende de una voluntad propia, ciega, pues no es una entidad personificada. Sabemos que se trata de una rama de la matemática la que se ocupa de los fenómenos caóticos, la cual busca encontrar en los mismos las leyes que los gobiernan, un tanto complicadísimas (teoría fractal). El hombre moderno no renuncia a la propia racionalidad; no admite que haya otro tipo de racionalidad: la espontaneidad de las manifestaciones de la vida, motivo por el cual contrapone a la única racionalidad que conoce el caos, pero, con todo, no resiste la tentación de investigar en el mundo de los fenómenos “aparentemente” caóticos, a causa de la racionalidad fundamentada en la existencia de leyes constantes y universales.

Resumiendo, el hombre no renuncia a la idea de un mundo totalmente gobernado por leyes universales que proporcionan una estructura de conjunto ordenada de modo que haga posible su estudio en el presente y prevenir el futuro (situación actual y evolución del sistema-universo).

La "lógica" del Inconsciente no es, por tanto, irracional, sino racional, de orden natural. Es la lógica de la vida funcional y bien dirigida, tal como lo demuestra la evolución de los seres vivientes en el curso de las eras geológicas. Así pues, vemos que el Inconsciente, base de nuestra existencia y "física" viviente, es la Tierra misma, representada en nuestro cuerpo, el cual heredamos físicamente de nuestra madre. La idea de una Tierra viva no es nueva para el hombre (era común para los indios de América), pero el progreso científico la ha confinado al animismo "demostrando" que era fruto de la ignorancia. El Inconsciente, aunque es una herencia, pero no algo simplemente genético (hijo) como el ADN, es una entidad viviente y operante en estrechísima relación con la Vida. Aquí estamos entrando ya en el terreno de la metafísica, o mejor aún, tratándose no de argumentaciones lógicas sino de intuiciones, entramos más bien en el área o esfera de la religiosidad o de lo sagrado. Sé muy bien que hoy en día no se toma en cuenta la "hipótesis" del espíritu (hipótesis de Dios) y que se sostiene que todo se deriva de la materia, incluyendo nuestra conciencia, considerada como una adquisición más bien reciente en el proceso evolutivo de la vida, o sea, como una especie de epifenómeno originado por medio de un proceso de "refinación" que unda sus raíces autárquicas en el famoso caldo primigio. De cualquier forma, yo pienso muy diferentemente.

La Tierra, madre y sustento de las criaturas vivientes, no es la tierra material conquistada y disfrutada por el hombre, sino que es el mundo físico que se puede conocer solamente sintonizando con él en contacto directo, como hacen el primitivo, el niño pequeño, el artista y el hombre profundamente religioso. Mientras que la línea del renglón representa la Tierra (Inconsciente) vista por nuestra sociedad, esto es, lejana e invisible, el folio en blanco sobre el que el niño pequeño traza sus garabatos y sus dibujos espontáneos representa la propia y verdadera

Tierra sobre la que vive, o sea, un ambiente físico que él percibe tan vivo como a sí mismo. El folio sobre el que se escribe, al contrario del de los dibujos espontáneos, representa la sociedad, dividida en una parte material y otra ideal. Digo “dividida” porque se trata no de una dualidad, sino de una dicotomía de corte cartesiano, con la res cogitans (mente, espíritu) sobre la línea del renglón y la res extensa (cuerpo, materia) debajo de la misma.

La tierra material no es escuchada porque no tiene nada que decir de sí, al dar por descontado que está gobernada de arriba a abajo por leyes universales. La Tierra, no obstante, está viva y habla; su lenguaje es el que corresponde al mundo de los símbolos naturales. En vista de que los símbolos naturales, siendo lenguaje y comunicación espontáneos, no pueden ser estudiados (aunque sí con la intuición), la ciencia moderna los considera una forma de lenguaje primitivo, poco evolucionado (prelógico) y, por tanto, de interés puramente antropológico. No obstante, el pensamiento racional no se deriva del intuitivo-simbólico, ni tampoco se trata de un perfeccionamiento fruto de la civilización: se trata de dos formas de pensamiento diferentes, tal como lo son la inteligencia espontánea (que poseen incluso los animales y las plantas para poder vivir) y la inteligencia lógica, tenida en gran consideración tan solo en el seno de la sociedad civil. En el estado de la naturaleza, el pensamiento lógico (razonar, pensar, filosofar..., en suma, el bagaje cultural) no sirve para mucho; sólo cuenta la capacidad de observación del ambiente en su conjunto y la relación entre sus partes, capacidad garantizada por el Inconsciente. Con la intuición, no nos hallamos ante la presencia de la prelógica que proporciona una conciencia aproximada y “mágica” de la realidad, sino ante una capacidad de conocimiento innata (inteligencia espontánea, natural) que ha asegurado la vida, la supervivencia y la evolución de toda especie existente sobre esta tierra, incluidas las

plantas. No existe lugar en la mentalidad clasificativa del hombre moderno para los fenómenos espontáneos, o sea, imprevisibles, y cuando éstos se presentan, se apoya en el cálculo de probabilidades, atribuyendo al caso la responsabilidad de determinar ciertos acontecimientos. Más bien que el libre albedrío de la voluntad o la espontaneidad de una manifestación de la vida, se prefiere el determinismo rígido de las leyes de la naturaleza o lo que es más elástico (pero anónimo) en el campo de la probabilidad. Parece, verdaderamente, que se odie la libertad de la vida y del espíritu.

El Inconsciente está también simbolizado por el mar (el mar como parte de la Tierra), principalmente cuando se quiere subrayar su potencialidad o las infinitas posibilidades que se hallan en lo profundo del ser humano, las cuales pueden ser exploradas y a las cuales también se puede llegar. En el mar vemos, asimismo, la interioridad de la sustancia física viviente que origina y contiene la vida, o sea, la Vida primigénica que opera la estructuración bajo el aspecto de formas vivientes variadas y distintas. Además, se puede ver la movilidad del mar (potencialidad aún no estructurada) que evoca la espontaneidad de la vida, en tanto que su fuerza incontenible evoca una potencia extraordinaria, la cual puede ser tanto benéfica como devastadora. Por ello, desde la antigüedad, el mar ha sido muy temido como ente imprevisible e incontenible y el que navegaba sabía que viajaba bajo su cuenta y riesgo. Cuando la tempestad se aplaca, inmediatamente ante la sola voz de mano de Jesús (Mt. 8 (24-27) sus discípulos fueron presa súbita de gran asombro, como si se tratara de un prodigio nunca visto.

También la atmósfera, tal como el mar, es interioridad, ya que es móvil, transparente y da y contiene vida, aunque no experimentada como algo físico, porque es simbólicamente vivida como espíritu (sustancia

espiritual viviente) o, si preferimos, como la parte psíquica del hombre. Vemos otra vez (los símbolos lo demuestran) que el Inconsciente y la psique no forman parte de un “continuum”: son dos realidades distintas de naturaleza diferente que se comunican entre sí.

### La interioridad. Ser y devenir

Ahora vamos a tratar de la interioridad, que es otro punto central en la Grafología Estructural y en todo mi pensamiento sobre el hombre y sobre la naturaleza. El mundo interior, ya sea espiritual o físico, no es un mundo objetivo, sino totalmente subjetivo, como todo lo que posee vida propia. Lo subjetivo no es estudiable, por lo que difícilmente puede convertirse en “objeto” de investigación racional, especulativa o instrumental. Es decir, que lo subjetivo no puede ser racionalizado. Realmente, ello puede captarse solamente a través de la intuición por tratarse de una cosa espontánea que no depende de nuestra voluntad. Pero, ¿qué significa intuir? Significa recibir o interpretar un mensaje que procede del Inconsciente (Tierra, naturaleza). Puesto que la Tierra y el Inconsciente garantizan siempre un vínculo con sus criaturas, intuir significa saber auscultar el ambiente físico interno (Inconsciente). También hablo de interioridad a propósito de la Tierra porque la misma no es percibida por el primitivo o el niño como algo externo, sino como su casa, su ambiente vital o como una especie de prolongación del carácter físico del mismo cuerpo; de ahí que, sobre todo, le guste disfrutarla, probar todas las sensaciones posibles y vivirla a fin de cuentas y no simplemente disfrutarla como propietario.

La intuición es una especie de cordón umbilical que asegura la supervivencia a través de un contacto permanente con la Tierra (Inconsciente), contacto que es fuente de vida, como lo es el cordón



umbilical para el feto. No siempre estamos en contacto directo con el Inconsciente como lo estamos con la Tierra en la que nos movemos.

El hombre moderno, convencido de que la lógica es un instrumento insuperable para investigar la realidad, se esfuerza por racionalizar y objetivarlo todo en detrimento de un mundo escasamente descrito. Estudiar lo viviente significa impedir la espontaneidad y convertirlo en objeto, negándole la vitalidad. En efecto, la tierra material tal como es concebida por el hombre, gobernada por leyes constantes y eternas, es una tierra inanimada (materia sin espíritu que la anime). La vida no se basa en leyes, sino en la libertad, que para el creyente se trata de un don divino.

Es impensable una investigación científica del mundo interior, porque no es posible efectuar mediciones. En la interioridad del sujeto el tiempo transcurre; conoce un único tiempo, el presente que dura con una duración que no consiste en un intervalo entre dos instantes definidos. ¿Qué clase de reloj puede medir el tiempo presente, el tiempo que no termina nunca, como anticipo de la eternidad? ¿Cuál es la cinta métrica que puede medir el espacio interior en el que vivimos? La interioridad, pues, es un mundo ilimitado en el que reina el eterno presente; no se trata de un mundo cerrado en sí mismo, sino abierto a lo infinito del tiempo y el espacio. El presente no es el tiempo objetivo de la ciencia que toma en cuenta tan solo el tiempo que transcurre medido por medio del reloj (tiempo cronológico), por lo cual el presente se reduce al instante infinitesimal y la interioridad del sujeto no cuenta para nada, sino que no existe en modo alguno.

En la física, el tiempo se representa por una línea, en forma análoga a lo que se hace para representar el espacio, como bien conoce el que

posee un mínimo de familiaridad con los diagramas cartesianos utilizados para representar el movimiento del cuerpo a través de la relación entre el tiempo y el espacio. En general, por medio de las abscisas se representa el espacio (distancia) y, por las coordenadas, el tiempo. La curva representa la relación apropiada entre los dos parámetros físicos del fenómeno que se desea describir. En el espacio gráfico, pues, el tiempo y el espacio son ambos representados en toda la superficie del folio, aunque no el tiempo sobre una línea y el espacio en otra. El trazado horizontal hacia adelante representa el transcurrir del tiempo (de un antes a un después) y la propiedad espacial de adelante y atrás. Los trazos verticales son el presente que dura, o sea, el presente vivido (una duración que no se halla encerrada entre dos instantes (“t1” y “t2”) del tiempo cronológico, sino de un presente que no pasa) y las propiedades espaciales tales como encima o alto y debajo.

En el espacio gráfico no se hallan, por tanto, direcciones privilegiadas representando características, ya espaciales ya temporales, sino que toda dirección es siempre contemporáneamente espacial y temporal, habida cuenta que la dirección del tiempo cronológico y del presente resultan, evidentemente, ortogonales entre sí, más aún si hay la posibilidad de representación del desplazamiento hacia adelante o hacia atrás en el tiempo por medio de la anticipación o el recuerdo. Además de la propia posición en la relación con el mundo en el que se vive, la persona puede manifestar, de consiguiente, la posición en la confrontación con el tiempo que transcurre, y con el presente, manifestar cómo se ocupa del presente, del pasado y del futuro, cuando de su tiempo dedica tales tiempos.

Comúnmente se habla del tiempo en términos de ayer, hoy y mañana, entendiendo por hoy, no tanto un intervalo temporal ya definido, cuanto

que un presente que dura, puesto que el hoy es un tiempo abierto, “in fieri”. Es evidente que, mientras que se uno puede ocuparse del hoy, no se puede ocupar del instante que continuamente desaparece. Ocuparse del presente o del hoy significa estar atento a los acontecimientos que se desarrollan, o sea a los acontecimientos en curso. El curso de los acontecimientos en el presente tiene su lugar en el flujo de los instantes del tiempo cronológico que transcurre. La vida del hombre no está hecha de instantes sucesivos, sino de acontecimientos sucesivos, o sea, de lo vivenciado. Un instante, o una serie de instantes sucesivos, no constituirá nunca una vivencia, debido a que no pueden ser interiorizados en forma significativa, dada su extrema brevedad. Lo vivido en la vida real requiere vivir fuera de él, pues nuestras vivencias son experiencias interiorizadas, constituyendo nuestra historia personal tejida de acontecimientos. No se puede hablar de acontecimientos si no existe un sujeto que los vive, que los hace suyos y los interioriza. En un mundo en el que no hubiese alguien consciente de lo que sucede, no habrían acontecimientos, sino fenómenos. El tiempo material se constituye por una serie de instantes sucesivos iguales entre sí sin nada que ver con los acontecimientos.

El “quark” (partícula básica) de la vida interior no es un instante, sino lo mínimo vivenciado significativo. El tiempo significativo para el sujeto es, de consiguiente, lo vivido o tiempo subjetivado. Podemos, además, decir que lo vivenciado es la información del mundo interior, mientras que el “bit” es la información del mundo exterior o material. Los acontecimientos no se miden, se viven. Vivir en el sentido de estar vivo es una cosa y vivir algo es otra cosa. Aunque durante el sueño se está vivo, de hecho no se vive nada (excepto la vivencia particular de los sueños, que se desenvuelve en un mundo paralelo al real). Por otra parte, ¿cuál es el tiempo de los sueños?

La ciencia no se puede ocupar del tiempo vivido (aunque se esfuerza en hacerlo), porque no es mensurable con medios lógicos y materiales. Hoy día se pretende un mundo que sea igual para todos, vivido por cada uno de la misma forma, tomando sólo en cuenta el espacio y el tiempo objetivo, mas no el interior. El mundo interior es distinto para todas las personas; cada uno tiene el propio y el resultado de ello es que se crea una fractura entre la forma de pensar y cómo debería vivirse la realidad o cómo se vive efectivamente. Es una fractura entre el mundo propuesto como verdadero y real de la cultura y el personalmente vivido. Mientras todos se ocupan del mundo externo, de lo interior sólo se ocupa directamente el interesado; o sea, cada uno se ocupa solamente de lo propio.

El que la duración del tiempo presente no pueda medirse no significa que no se sabe cuanto dura; si es un segundo o un siglo. El tiempo corriente de la interioridad se anula. No se sabe cuanto dura lo que acaece, lo que se experimenta y lo que se vive. Tampoco lo pedimos, ya que una vez se ha salido de la experiencia del tiempo que no pasa, nos preguntamos cuanto ha durado. Hay cosas que están bien, por haberlas experimentado los místicos, los maestros del zen y los yoguis. Nuestras vivencias se constituyen, por tanto, de interiorizaciones de acontecimientos internos que se desenvuelven en el tiempo ordinario, las cuales no se puede saber cuanto duran, puesto que se desenvuelven en un tiempo presente.

La expresión de "los acontecimientos que tienen lugar en el presente" expresa bien el concepto de que las cosas que atañen a la vida acaecen en el presente que dura: un tiempo contiene otro. La constatación de que la escritura comprende también el tiempo presente, o sea, el tiempo como es efectivamente percibido y vivido por el hombre, se explica

porque en ella se halla situado lo vivido personalmente. Asimismo, ¿cómo podría ello ser representado en la escritura (personalidad modelada debido a lo vivido por el sujeto) si en el espacio gráfico no hallase expresión el tiempo presente? Nunca en la física se representará el tiempo mediante ambos ejes cartesianos, o sea, nunca se presentarán diagramas del presente y el porvenir, porque para la física el presente coincide con el instante, en el cual halla la expresión objetiva como punto del eje del tiempo cronológico. A través de esto, vemos como entre el mundo investigado por la ciencia y el mundo interior del hombre existe un abismo: el tiempo que transcurre y el instante no son tiempos propios de la dimensión espiritual interior del sujeto viviente, porque éste no puede vivir lo que no dura ni un instante ni lo que continuamente se muda (el futuro). Estos son tiempos de lo que no vive o de los objetos que no existen.

Mientras que el instante es representado por un punto sobre la línea del tiempo cronológico, la duración del tiempo presente es representada en el espacio gráfico por una línea especial (no geométrica) que no está constituida de instantes, o sea, que no está constituida de infinitos puntos agregados como la línea del tiempo que transcurre o como cualquier línea geométrica. Se trata de una mera línea no secuencial (sin principio ni fin) idealmente carente de dimensiones físicamente mensurables, igual como el tiempo que dura, por no tratarse de un punto. Todo el mundo interior carece de dimensiones que se puedan revelar por medios racionales concretos o abstractos (instrumentos o teorizaciones). La geometría, en efecto, no conoce líneas, superficies o volúmenes que no sean generados y constituidos por puntos. Para esta ciencia, todo es descomponible, analizable y reducible a los menores términos, lo cual conduce al cálculo infinitesimal. En la geometría, el

punto es la piedra fundamental, del mismo modo que para la física lo son las partículas elementales.

Todos nosotros estamos más bien habituados a sentir el presente como una especie de fondo inmóvil sobre el que discurre el tiempo ordinario y del cual no nos damos mucha cuenta de su existencia, y, a pesar de esto, “si muove”, atrae nuestra atención por su duración hecha de instantes sucesivos, aunque en una duración de tal tipo no es más que un instante fugitivo, tal como lo ha manifestado espléndidamente Leonardo da Vinci: “El agua que corre en los ríos es la última que ha pasado y la primera de la que viene. Así es el tiempo presente”. Dado que el sujeto, inmerso en el tiempo presente, es el que observa el tiempo que corre, podemos afirmar que el presente contiene el porvenir de la misma forma que el escenario de un teatro contiene las representaciones que se efectúan. Todo lo que sucede en este mundo tiene lugar en el escenario del presente, ante los ojos del espíritu. De otro modo, sin el tiempo presente, no seríamos conscientes de nuestra existencia (autoconsciencia) ni podríamos efectuar estas consideraciones sobre el tiempo mismo. De hecho, cuando se es “preso” tanto de los acontecimientos como del futuro, al punto de olvidarse de sí, como el que se arroja al vórtice de la vida para olvidar sus infortunios, se está en el presente igual que si se hace el silencio interior y se está a la escucha.

Nuestro espíritu (el ser), que su propia naturaleza se sustrae al porvenir y, por consiguiente, al cambio, no conoce el envejecimiento; permanece siempre fiel a sí mismo, al igual como sucede con nuestro sentido de identidad. ¿Cuál es la edad interna que tenemos? No ciertamente la anagráfica, sino que permanecemos siempre jóvenes. Nos nutrimos de nuestras experiencias como un árbol se nutre del suelo por medio de las

raíces y del aire a través de las hojas, pero sabemos que el mismo no se ha convertido en tierra ni aire; al contrario, son la tierra y el aire que entran a formar parte del mismo. Así pues, el árbol mantiene la propia identidad durante el curso de su existencia. Si nosotros fluyéramos junto con el tiempo cronométrico, no podríamos usarlo a nuestro antojo, sino que cambiaríamos continuamente junto con él, inmersos en su incesante devenir como una molécula de agua en la corriente de un río.

La escritura es una continua alternancia de movimientos que varían en una forma más o menos gradual en sentido vertical u horizontal; lo mismo sucede también con el hombre, quien pasa de una vida inmersa en el presente (estado de vigilia) a otra inmersa en el porvenir (el sueño). Nuestra vida es física y espiritual, porque participamos contemporáneamente de los dos tiempos: el presente y el porvenir. Mientras que el presente, como tiempo usado en el lenguaje común mediante el verbo “ser”, es el presente que dura, en el mundo de la ciencia tal tiempo es desconocido, pues para la misma existe sólo el tiempo que transcurre, el cual se puede usar y, como presente, se aprisiona el instante infinitesimal, lo cual es un no-tiempo: el tiempo de la ciencia no corresponde al vivido por el hombre. Sin embargo, ¡durante toda la vida estamos siempre presentes a nosotros mismos! El ser sólo puede repetir cuanto Dios dice de sí mismo: “Yo Soy”.

El presente que dura es el tiempo del ser o sujeto consciente: el ser por definición no puede convertirse en algo distinto (“divenire”). El ser crece o se enriquece interiormente, pero no se transforma: yo permanezco siempre como soy en el curso de toda mi existencia. ¿Qué sentido de identidad permanente podríamos tener sin el tiempo presente realmente vivenciado? No es verdad, pues, que todo transcurre (“pànta rhêi”), como sostenía Eráclito; el ser no deviene y el presente del ser no transcurre.

No transcurrir o devenir no significa estar inmóvil, fijo, como témpanos de hielo; más bien permanece igual a sí mismo en el variar de las vicisitudes y las cosas de la vida, o sea, "el estar siempre presentes en los acontecimientos de la vida". La vida física sí que transcurre y se transforma y, en realidad, la memoria ayuda a no perder lo que ya no existe. El sujeto, por tanto, no debe acordarse de sí mismo, porque siempre está presente en sí mismo; ojalá olvidara algunas cosas que conserva, quizás el propio nombre, pero no es lo mismo: el ser no necesita poseer una memoria de sí. Nuestro espíritu se enriquece con la experiencia de la vida, lo cual no pasa, no envejece, permanece igual, mientras que la carne decae con el paso de los años. El presente que dura es el tiempo del observador de los eventos, quien, como observador, es externo a los mismos, pero él no. Son cosas simples que en el fondo todos sabemos, pero es bueno traerlas al centro de la atención, tenerlas presentes, a fin de que no se pueda pensar que el tiempo presente es solamente una ilusión de nuestra memoria o el resultado de un proceso cerebral útil a nuestra especie, ni cualquier otra experiencia o impresión subjetiva sin fundamento real en nuestra existencia.

¿Cómo se entra en contacto con una realidad tan extraña como es el ser? Pues a través de la escucha y comunicación perfectas, o bien a través de la intimidad, donde dos se convierten en uno, pero permaneciendo como personas distintas a través del amor. Sólo el amor permite entrar en la interioridad del otro, porque el amor no es invasivo, no somete las cosas a sí mismo, no es posesivo, sino que escucha al otro y se da a sí mismo. Tampoco el amor puede medirse ni estudiarse. El mundo interior debe ser un mundo de escucha y comunicación en una actitud amorosa. A pesar de esto, el hombre de ciencia hace lo imposible para penetrar en la interioridad, confundiéndola con el "adentro".



La interioridad no puede ser objetivada, porque no puede ser trasladada hacia el exterior y ponerla ante los ojos de todos; la interioridad sólo se puede conocer si ella misma quiere revelarse, tal como sucede con la Palabra de Dios, siempre que se le dé permiso para entrar o sea acogida libremente dentro de sí (la intimidad). Por esto, es necesario estar atento para no confundir la interioridad con el adentro de las cosas; la interioridad es un lugar de intimidad, el mundo habitado por un sujeto espiritual y consciente, más bien físico, es decir, el Inconsciente, mientras que el “adentro” de las cosas no está habitado por nadie (lo interno no es la interioridad) y por ello se puede entrar sin ser invitado, del mismo modo que se puede lograr ver cómo está hecha una piedra partiéndola en dos. En el mundo material las cosas tienen un interior que puede ser estudiado para saber cómo funcionan, pero no poseen interioridad; realmente lo creado (dualidad Cielo-Tierra) es interioridad, como lo es el ser viviente.

### La conciencia

Por conciencia, no entiendo aquí la conciencia moral de derivación superegoica, sino aquella facultad de la que se deriva el autoconocimiento, lo que comúnmente se suele denominar “nuestro espíritu”. Mientras que el Inconsciente es la parte física de la interioridad, la Conciencia es la parte espiritual; el Inconsciente es la Tierra como la Conciencia es el Cielo y nosotros estamos entre Cielo y Tierra; somos como el árbol que tiene raíces y se pretende que estén tanto abajo como arriba (no se vive sólo de pan...). Conciencia e Inconsciente constituyen una dualidad originaria permanente, o sea, que la Conciencia no se deriva del Inconsciente. Siguiendo la indicada subdivisión del espacio gráfico en zonas, la interioridad del hombre que se encuentra en la escritura puede ser repartida en tres partes: una parte propiamente ideal

(espiritual), una parte afectiva (cuerpo escritural) y una parte pulsional (línea del renglón), en la que, al contrario de las otras dos, es una interioridad física. Las pulsiones y los instintos representan la dimensión física de la interioridad. La interioridad (no material), junto con las pulsiones y los instintos, proporcionan un contacto directo y no la podemos racionalizar. Realmente, el hombre moderno toma sólo en consideración la fisicidad externa y material, lo biológico, con lo cual tiene un contacto indirecto (cuerpo conocido, racionalizable, observable e investigable, como enseña la misma medicina). El contacto directo (intuición) es posible tanto con el mundo físico como con el mundo espiritual, es decir, la vida en sus diversas expresiones y niveles. Realmente existe también una intuición intelectual tal como ya lo reconocía Platón mismo.

El Cielo originario, no cultural, está sobre la Tierra originaria, es decir, está sobre el folio blanco en el caso de un dibujo espontáneo, donde el mundo es contemplado de frente, como sucede con los niños y los primitivos. En el acto de escribir, uno se acerca al Cielo originario (mundo del espíritu) a través de los perfiles finos (filetti sottili). El Cielo, dimensión de la Conciencia, es el mundo interior que sentimos como nuestro a todos los afectos y que podemos cultivar a placer; hay quien tiene un mundo interior desarrollado y quien no. El tiempo de la Conciencia es el tiempo del espíritu, el presente. El cielo azul, límpido, con su inmensidad infinita y con su homogeneidad, simboliza el tiempo presente, en el cual se desenvuelve todo cuanto acaece sobre esta tierra; el Cielo abraza y contiene en su propia interioridad la Tierra, en la misma forma que el presente abraza y contiene en sí mismo el porvenir.

El mismo placer y facilidad (o bien lo contrario) que experimentamos al habitar y escuchar la Tierra, lo volvemos a hallar en el contacto con

nuestro Inconsciente. Cuando en el dibujo espontáneo la punta del lápiz toca el folio, se trata de un acto que representa el contacto del Consciente con el Inconsciente, que puede ser más o menos creativo, según la cualidad de la relación que el sujeto tenga con el propio Inconsciente. Es una creatividad análoga a la derivada del contacto íntimo entre el Cielo y la Tierra, del que brota la vida representada en la naturaleza en todas sus innumerables formas.

### Conclusiones

Hemos visto como, partiendo de la línea del renglón mediante reflexiones sucesivas ligadas entre sí, hemos pasado del Inconsciente a la Tierra, a la Interioridad, al Tiempo, al sujeto, al ser, al amor, etc. Estas observaciones pueden ser fuente de ulteriores reflexiones para el grafólogo, sobre todo por lo que se refiere a la comprensión del mundo simbólico y a la interioridad del hombre. No son divagaciones o especulaciones finales en sí mismas, sino cuestiones que son de importancia primaria en la elaboración de la Grafología Estructural.

En efecto, tales explicaciones han hallado pronta aplicación en las explicaciones del significado de varios signos gráficos presentados bajo una nueva luz. Como se puede comprobar, tales significados no han salido del cuadro grafológico de la exposición de mis propias ideas ni he tomado prestadas teorías ya construidas de orden psicológico, filosófico u otro. Por ejemplo, no he colocado el Inconsciente en cualquier parte del espacio gráfico basándome en aquellas características que son reveladas por el psicoanálisis; al contrario, me he interrogado sobre cual es la parte del espacio gráfico que puede ser considerada como representativa de la realidad simbólica denominada Inconsciente y he hallado que sólo podía encontrarse en la línea del renglón, porque el

Inconsciente es la base física de nuestra existencia y una realidad interior que precede al Yo (al nacer apenas poseemos un tenue resplandor del Yo). Si bien no lo genera, la línea del renglón es previa a todo lo demás (es decir, a la escritura, que representa el Yo), ya sea que esté trazada realmente o tan solo sea imaginada (folio blanco sin líneas escritas). Si me hubiese apoyado en las teorías psicoanalíticas, habría tenido que considerar al Inconsciente como una parte de la psique o algo de tipo mental, buscándolo, de consiguiente, en cualquier lugar sobre la línea (a la izquierda, como alguien hace) y no debajo, en la materialidad, como ha hecho Pulver, en clara contradicción con la naturaleza mental del Inconsciente postulada en la teoría psicoanalítica aceptada por él.

Lo que he descrito brevemente en este artículo se basa en el mundo tal como puede ser visto por una persona simple pero evolucionada que no ha perdido todavía la espontaneidad y visión natural de la vida, lo cual acaece, a pesar nuestro, con regularidad en todas las tareas de la educación familiar o escolar.

En fin, se impone una reflexión de fondo. Vemos de cuantas "hipótesis" no tiene necesidad la ciencia para proceder a sus investigaciones. Esto se refiere, al menos, a la hipótesis del espíritu (objeto abandonado a las especulaciones metafísicas), a la hipótesis de Dios (objeto de la fe religiosa), a la hipótesis del mundo simbólico e intuitivo (respectivamente objeto e instrumento de una mentalidad prelógica, no científica), de la hipótesis de la Tierra (fruto de la ignorancia de los pueblos antiguos o primitivos), a la hipótesis de la interioridad (realidad ilusoria, sustituida por la objetividad del interior), a la hipótesis del tiempo presente (no mensurable ni digno de consideración, sino para dejarlo a los filósofos). Con tales presuposiciones, ¿puede una ciencia cuantitativa y objetivadora como la moderna ocuparse de la interioridad del hombre?

¿Existen los requisitos y medios necesarios e indispensables para ocuparse de un mundo no mensurable -pero no inexistente- como es el mundo del ser? El ser, en cuanto no cambia (“diviene”), es algo plenamente completo, o sea, poseedor de la propia perfección que se manifiesta como existencia. La existencia, propia solamente del ser, representa su perfección: ser y existir son la misma cosa, pues ¡no en vano hemos sido hechos a imagen y semejanza de Dios! El porvenir representa realmente una potencialidad que continuamente se desarrolla, sin alcanzar nunca una existencia. Está fuera (“ex-sistere”) de flujo de las cosas o, si se prefiere, sin alcanzar nunca una completud o un realizarse. La palabra “perfección” y “realización” indican que detrás de la existencia existe un fin o propósito, naturalmente divino.

Sería necesario inventar una nueva ciencia (que en realidad ya existe con el nombre de sabiduría) con capacidad de ocuparse, con conocimiento de causa, de todo lo que no está constituido de dimensiones mensurables, sino que posee un orden cualitativo o relacional; a saber, el mundo personal del hombre, de su mundo. Se trata de un mundo subjetivo, y sabemos que la subjetividad ya ha adquirido ante los ojos de todos características de no fiabilidad; es sinónimo de opinión y de no adhesión a la realidad de los hechos. Aunque en la interioridad tienen lugar hechos, tal como hemos visto, no son sujetos de raciocinio del mismo modo que los hechos externos. Por lo demás, la física misma pretende que sus teorías correspondan a la realidad porque ignora cual es la realidad; basta con que se divulguen los resultados de ciertas mediciones. En consecuencia, una teoría resulta ser un conjunto de conocimientos útiles para efectuar previsiones, aunque no describe un mundo “real”. Efectivamente, al mundo real se llega a través de la intuición, no con la teoría. La física cree, no obstante, en la existencia de ciertos aspectos y regiones

singulares del espacio (agujeros negros), sobre los que no hay manera posible de poseer información alguna por parte de un observador externo, como si se tratase de una especie de interioridad del universo material, o sea, de un límite no traspasable por la misma ciencia. Podemos decir que la interioridad, para la ciencia, es como un agujero negro en la astrofísica. Se desconoce el objeto de las informaciones que entran porque se convierten en informaciones y experiencias subjetivas. Esta especie de agujero negro, intraspasable para un observador externo rigurosamente científico, es traspasable para los ojos del espíritu, por la intuición intelectual que todo lo penetra.

Lo que no es considerado como digno de ser tomado seriamente por el observador moderno, por no ser medible, antes o después reaparece bajo la forma de singularidad o de contradicción en forma similar a las leyes dantescas del contrapaso (sic).

\* \* \*

[www.grafoanalysis.com](http://www.grafoanalysis.com)



### Bibliografía

Bergson, H. *L'evoluzione creatrice*. (L'Scuola Editrice, Brescia, 1961).

Freud, S. *La teoria psicoanalitica*. (Boringhieri Editore, Torino, 1984).

Grassé Pierre, P. *L'évolution du vivant*. (Éditions Albin Michel, Paris, 1973).

Lévi-Bruhl, L. *La mentalità primitiva*. (Einaudi Editore, Torino, 1981).

Merton, T. *Mistici e maestri zen*. (Garzanti Editore, Milano, 1991).

Minkowski, E. *Il tempo vissuto*. (Einaudi Editore, Torino, 1968).

\* \* \*

*Cuanto más alto sea el grado de evolución espiritual de una persona, y más elevada sea su individualidad, tanto más vencerá el "carácter" de su nación y alcanzará un carácter universal.*

*Dr. Helmut Ploog, Presidente de la BGGP*

\*

### Deontología y grafopatología

*Un grafólogo, o cualquier otra persona que no sea médico, que diagnostique enfermedades por medio de la escritura, está practicando la medicina sin licencia, delito punible con cárcel. Se puede ocasionar un daño irreparable por declarar dolencias falsamente en base a lo hallado en la escritura.*

*Patricia Wellingham-Jones, de EEUU*

\* \* \*